

Lirios

1954 Enero-Febrero	DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN Zapatería, 75 VITORIA Teléfono 2448	Segunda época Núm. 19
-----------------------	-------------------------------------------------------------------	--------------------------

“Sin mancha”

NUESTROS lectores observarán que LIRIOS quiere, en este Año Mariano, presentarse al público con diferente ropaje y texto adecuado a las circunstancias de que vive rodeado.

En el número anterior dimos, en términos generales, las consignas de acción que prevalentemente queríamos desarrollar durante todo el año que, con tanto entusiasmo y fervor, hemos iniciado el 8 del pasado Diciembre, y quiera Dios lo terminemos aumentado en intensidad.

Esas actividades, cuyos frutos vemos en perspectiva, piden una previa mirada a nosotros mismos y una digna preparación. A ella responde, con gran oportunidad, el primer pensamiento que nos sugiere el título del misterio que vamos a recordar todo este año.

El dogma, cuyo centenario celebra la Iglesia, es el de la Concepción Inmaculada de María, es decir, la concebida sin mancha de pecado, desde el primer instante de su ser. Luego la mejor y más digna preparación para celebrar este misterio y la que da más carácter a esta divina verdad, es que evitemos todo pecado grave y leve durante este purísimo año.

Bien es verdad que, en un sentido más real y positivo, el privilegio especial de la Virgen es su santidad positiva: el haber sido concebida, por una especial predestinación de Dios, en la plenitud de la gracia (*gratia plena*); de suerte que el alma de María, en el mismo instante de tiempo en que es creada e infundida en el cuerpo, es también santificada en gracia, con la consiguiente prioridad de naturaleza, ya que primero es existir y

luego ser adornada de gracia. En un mismo instante ha sido creada María a la vida natural y a la vida sobrenatural, para el mundo y para Dios.

*Con todo, la piedad cristiana siempre ha tomado, como punto de partida en este misterio, la santidad negativa, o sea la inmunidad del pecado original; de ahí precisamente le viene el nombre de **Inmaculada**.*

Y recordando el Santo Padre, Pío XII, este privilegio: «concebida sin pecado», propone a todos los pueblos cristianos, en este Año Mariano, una vida exenta de pecado, no solo de pecados graves, sino también de faltas leves y aun de imperfecciones voluntarias.

Para los verdaderos hijos y siervos de María este es nuestro primer deber, y máxime en este Año Mariano: una exquisita purificación. No cabe edificar sobre un montón de escombros, si se quiere dar solidez al edificio que se construye. Tampoco podemos sembrar flores en tierra llena de cardos.

Aun los santos, cuya vida difícilmente admitía desorden alguno, no descuidaban el ejercicio continuo de esta santidad negativa, examinando con diligencia los actos internos y externos y confesándose con frecuencia de todas las faltas que sorprendían en su conducta.

La vida cristiana, que a fin de cuentas no consiste sino en la participación de la vida de Cristo, no puede desarrollarse, ni crecer, ni perfeccionarse en un alma llena de pecados y de miserias.

Y como para vivir la vida mariana, hay que vivir cristianamente, nuestro primer ejercicio debe consistir en disminuir, por lo menos, y, si es posible, —que sí lo es en los que tienen voluntad y determinación—, en desterrar totalmente, según las diferentes categorías de almas, el pecado grave, y el leve, y también las imperfecciones voluntarias.

¡Magnífica tarea para aquellas almas que, de algún modo, quieren distinguirse en la devoción y en el amor a la Virgen en este especialísimo año!

Especialísimo, porque se trata del primer Centenario de una fecha en que la Iglesia, con su magisterio infalible, proclamó dogma de fe la doctrina que afirma que la Virgen Santísima, desde el primer instante de su Concepción, fue preservada del pecado original. Y en esta doctrina se cimenta la que afirma que la Virgen, en el decurso de toda su vida santísima, fue exenta de toda culpa y de toda imperfección.

Al ver, pues, a María sin mancha, ni original ni actual, pura y limpia como el sol y la nieve, y tratando de honrarla y glorificarla durante todo un año dedicado exclusivamente a este misterio, ¿cómo un cristiano, devoto de Ella, podrá acercarse a su altar y cumplir este dulcísimo deber, viviendo todo el año plagado de pecados y de miserias?

Si, para honrar a una persona con una visita atenta y cortés, lo primero que hacemos es asearnos y vestirnos decorosamente; para honrar la inmaculada blancura de María, ¿con qué cara podrá el cristiano devoto acercarse a su trono purísimo, yendo manchado y afeado de impurezas?

Y siendo verdad que aquí no se trata de hacer, alguna que otra vez durante todo el año, un acto de homenaje, de devoción, de piedad y de amor en un Santuario o en un altar de la Virgen, sino de vivir en familiar convivencia e intimidad al lado de la Madre todos los días del año, sin olvidarla ni apartarnos de ella un solo instante, sería grave ofensa y dolor para su Corazón el que, confesándonos de tarde en tarde, el resto del año viviésemos en pecado habitual.

«Yo soy la Inmaculada Concepción», ha dicho la Virgen en las rocas de Lourdes, y a sus pies ha brotado una fuente cristalina, no sólo para limpiar y sanar los cuerpos enfermos, sino también para purificar de sus graves enfermedades a las almas penitentes.

He ahí nuestro primer ejercicio en honor de la Virgen en este año.

A) Las almas justas son las primeras que deben acercarse a la santidad negativa de María, siendo inmaculadas, viviendo sin mancha, evitando, no sólo la culpa, sino toda imperfección voluntaria. Eso es vivir plenamente el misterio que celebramos: ser miniaturas de la Inmaculada.

B) Siguen los que evitan habitualmente las culpas graves, viviendo en gracia de Dios. Sus luchas contra el pecado venial serán el ejercicio preferente de este año. Habrán de humillarse, eso sí, ante muchas fragilidades; mas esto no será obstáculo para que disminuyan y acaso corten todas las faltas voluntarias.

C) Aquellos otros, cuya fragilidad mayor llega a lamentar frecuentemente caídas graves, tienen que persuadirse de cuán lejos está su vida de la limpieza inmaculada de María; estos tales deben esforzarse en no cometer, siquiera dentro de este año purísimo, ningún pecado mortal, sujetando sus pasiones, huyendo de las ocasiones, reduciendo a servidumbre la carne, planeando una vida más recogida, más piadosa, mas eucarística, más MARIANA. Para todos los grados de la vida cristiana, entre

los leales devotos de la Virgen, cabe y se hace indispensable el ejercicio constante de una vida pura, sin pecado.

En este Centenario de la Inmaculada se pide a todos los verdaderos hijos de María un año exento y libre de toda mancha... Mostrémonos tales...

Madrid, Diciembre de 1953.

ANTONIO AMUNDARAIN.

lirios

1954 Marzo - Abril	DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN Zapatería, 75 VITORIA Teléfono 2448	Segunda época Núm. 20
------------------------------	-------------------------------------------------------------------	---------------------------------

Hacia la virginidad

¡NI más, ni menos, querido lector! Hacia la virginidad inclinamos nuestros pasos en este privilegiado Año Mariano.

Cuando aún se mecía en su cuna la naciente Iglesia, la virginidad fue reconocida como el primero y más glorioso triunfo de esta divina Institución; y la misma sociedad cristiana supo distinguir, sin reparo alguno, a los fervientes profesores de este casto consejo, con los especiales nombres de continentes y vírgenes.

No se comprende tan fácilmente, cómo esta celestial joya, después de haber tenido en los primeros años tantos y tan egregios panegiristas, haya llegado, a través de los tiempos, a ser tan desestimada, postergada y aun pospuesta a la simple condición de un casado; disparatada opinión que el Concilio de Trento tuvo que condenar con uno de sus cánones.

Cuando, hace hoy veintinueve años, la Alianza recibía de la Virgen Santísima del Coro, en su egregio Camarín de Santa María de San Sebastián, el mensaje de blancura y de pureza, para plasmar en ella la propia forma, el carácter y el fin específico de un Instituto Secular que, a los veinticinco años cabales, había de ser aprobado por la Iglesia, sus fervientes y finos amadores iniciaban aquél día (2 de Febrero 1925) una vida espiritual de perfección cristiana y un apostolado ardoroso y fecundo, ya entre su propia gente, ya también entre la que guardaba contacto con ella en sus diferentes oficios y profesiones; vida y apostolado de pureza angélica, cuyas fragancias serían pronto el atractivo de las almas que caerían cautivas en sus redes y serían arrastradas hacia ella.

Al influjo y poder de esta labor callada y humilde en la Alianza, ¡cuántas almas han rendido dulcemente su corazón y su voluntad, para abrazar con libertad y valentía el camino del casto consejo!

En aquellos tiempos, en que el hablar de pureza en plan de apostolado era asunto excesivamente delicado, mirado con prevención y reservado exclusivamente a varones apostólicos, como los Ambrosios y Agustines, precisamente entonces la Alianza, con especial asistencia del cielo, hablando muy poco (porque decían era «peligroso manosear esta virtud»), y viviendo mucho, intensamente, rigurosamente la vida de pureza, ha llegado a crear un ambiente de pureza en gran extensión de nuestra empobrecida sociedad.

Fray Ejemplo ha predicado en la Alianza, donde no era posible que predicasen los Sacerdotes y los Religiosos, y esta voz viviente y silenciosa de la Alianza se ha oído, durante este largo periodo de años, en cientos de fábricas, talleres, oficinas, despachos, comercios, escuelas, institutos, academias, universidades, sanatorios, hospitales, cortijos, aldeas y hogares.

Y tan elocuente y tan eficaz fue esta predicación que, cautivadas por la novedad y grandeza de semejante doctrina, miles de almas corren hoy, al olor de sus aromas, hacia las cumbres de la excelsa virginidad.

Díganlo los miles (no exageramos) de castísimas doncellas que, formadas en la escuela de la Alianza, profesan su virginidad en Casas de Religión.

Díganlo otras tantas que, para ejemplo, atractivo y conquista, abrazaron la virginidad en el siglo, como miembros de éste y de otros Institutos seculares, castificadas en el ambiente de la Alianza.

Díganlo también las que, formadas en el mismo ambiente de honestidad aliada, abrazaron luego el estado del matrimonio, para formar un hogar casto y puro, digno de nuestra fe y nuestra raza.

Estos son hechos reales, cuya magnitud, rigurosamente exacta y matemáticamente controlada, guarda en sus archivos la Secretaría del Instituto, y cuyo gráfico es el más poderoso estímulo para que las futuras generaciones prosigan en la Alianza su labor por el triunfo de la virtud angélica.

Fruto de este apostolado son también «las semanas por el triunfo de la pureza», «el día de la pureza parroquial», etc. etc., con cultos solemnes

y extraordinarios, promovidos en algunas Diócesis y Parroquias de España.

Y, ¿quién no lleva en su devocionario la devota estampa que contiene la oración, indulgenciada por no pocos Prelados de España, por el triunfo de la pureza, propagada por la Alianza, aquí y en el extranjero?

Sin embargo, duele decirlo, pero es la verdad: de todo este movimiento por la santa pureza, iniciado en España el año 1925, en el día señaladísimo de la Purificación de la Santísima Virgen, 2 de Febrero, cuyos frutos, fácilmente ha podido palpar aun el más insensible a estos delicados toques, todavía no se han enterado nuestros hermanos de allende los Pirineos y el Mediterráneo. Y en plan de propaganda por la Santa Pureza nos ha visitado una de las más destacadas personalidades de las Juventudes Marianas, la Srta. Amelia Carpena Precioso, que fue recibida en audiencia por el Cardenal Arzobispo de Toledo el día 23 de Diciembre pasado.

Su proyecto para este Año Mariano extraordinario es magnífico; y nosotros, con todo entusiasmo y ardor, se lo aplaudimos, puesto que coincide con la consigna y pregón que hemos lanzado en el número de LIRIOS correspondiente a Noviembre-Diciembre pasados.

Si la Presidenta de la Junta Internacional de la Asociación de Hijas de María Inmaculada se ha enterado de la existencia y actuación de un Instituto en España, que lleva veintinueve años de lucha constante por este ideal, cuyos miembros, además de los votos canónicos, hacen su cuarto voto de apostolado por la pureza, se unirá con nosotros a esta gloriosa cruzada, cuya corona queremos, ella y nosotros, poner en las sienes de la Purísima e Inmaculada Reina de las vírgenes el día 8 de Diciembre de 1954.

Para lo cual comprenderás, lector, que, tratándose de coronar en este año sublime, de tan glorioso centenario, a la que es Inmaculada por excelencia, más pura que los mismos ángeles, y la Virgen por antonomasia, después que nosotros llevamos ya veintinueve años sembrando de lirios la tierra; comprenderás, decimos, que esta corona sea, no de una pureza corriente, sino de la más bella, rica y angélica virginidad, en su más perfecto significado y en su más rigurosa acepción teológica y mística.

El Instituto de la Alianza, en sí y en todos sus miembros, será esta corona, a la que, con su vida pura y su apostolado, tratarán de asociarse

almas valientes que quieran ser joyas valiosas engarzadas en esa inmortal corona.

ANTONIO AMUNDARAIN.

«UT SINT UNUM»¹

Entre los escritos inéditos que de él conservamos, figura éste, muy apropiado para los días de la Semana Santa. Lo firmó como está.

Es la noche bendita de los grandes amores y de la más infame traición...

Jesús se expansiona con los íntimos de su Corazón, y con su Padre:

¡¡Padre mío, que sean UNO, como Tú y Yo... ellos en Mí y Yo en ellos!!

Cristo en nosotros Eucaristía santísima, nosotros en Cristo consagración perfecta, hacer realidad sus más pequeños deseos, ser trasunto de su vida, ser pequeña eucaristía para Él.

A su inmolación cruenta en la Cruz, Jesús anticipa su inmolación incruenta al instituir el Gran Sacramento. Lo hizo para darnos la tremenda lección de entrega y donación, donación que nos santifica y nos eleva, adentrándonos misteriosamente en Él y en sus divinos secretos.

Y como Él, hemos de hacer las almas, de nuestro vivir al servicio de su querer y de su amor, una inmolación constante, un dejar que el Amor, Cristo, Eucaristía, muele todos los granitos de trigo que forman nuestra existencia, separando la corteza, la cáscara, la paja y lo que no sea harina blanca y pura –labor constante de nuestra vida– y dejándonos triturar

¹ «Que sean una misma cosa». (Jn 17, 21)

silenciosa y dócilmente, para convertirnos en hostia amasada en sangre de sacrificio y cocida en fuego de amores puros y santos, «eucaristía» para Jesús, para las almas, para la Iglesia, para el cielo.

Amemos locamente la EUCARISTÍA, Pan de nuestra vida.

Seamos eucaristía, pan de Cristo haciendo vida y pan de nuestra vida la amorosa voluntad de Jesús.

Ut sint unum...

ASPIRANTE.